



# Sembradores de esperanza

Día del Seminario 2025



Catequesis para jóvenes

© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

[edice@conferenciaepiscopal.es](mailto:edice@conferenciaepiscopal.es)

# CATEQUESIS PARA JÓVENES

## *Sembradores de esperanza*

### **Para el que da la catequesis**

La catequesis busca subrayar que fuera de Cristo no hay salvación, que los sacerdotes nos dan a Cristo y que en este sentido son sembradores de esperanza. Así generar una conciencia de que tenemos una absoluta necesidad de sacerdotes, para poder generar después la conciencia de la absoluta necesidad y dependencia que la vocación sacerdotal tiene del resto de la Iglesia. Termina con la pregunta «¿qué estoy haciendo por las vocaciones, por el seminario, por los sacerdotes?». La pregunta queda sin responder, para que ellos puedan hacerse de verdad la pregunta. Luego puede ser enriquecedor el diálogo. En este sentido, sería importante subrayar que lo primero que se puede hacer para responder a esa pregunta es vivir con autenticidad, entrega y generosidad la propia vocación. Y después todo lo demás.

### **Carta a un joven (catequesis)**

Si tienes entre 18 y 30 años, lo tienes crudo, ¡y lo sabes! La tasa de desempleo juvenil en nuestro país asciende hasta cerca del 25 %, asistimos al aumento del precio de muchos productos de primera necesidad sin registrar un aumento proporcional en los salarios, la posibilidad de comprar o alquilar una vivienda es cada vez más remota y un etcétera interminable de catastróficas desdichas que conoces de sobra.

Lo que tal vez no sepas con el mismo grado de certeza es que, siendo esto gravísimo, no es el único problema. Para muchos no es solo el bolsillo lo que no termina de llenarse. En los últimos años el consumo de ansiolíticos en nuestro país se ha disparado, evidenciando así que la ansiedad y otros problemas de salud mental nos afectan cada vez con más fuerza. La realidad sobrecoge: solo en España once personas se suicidan cada día, siendo esta la principal causa de muerte no natural.

Igual nos ayuda entender que lo que mata al hombre no es solo lo que le impide estar vivo sino lo que le impide vivir. En este sentido,

lo que amenaza de verdad la vida de tu amiga, de tu compañero de trabajo, del vecino del quinto o de tantos jóvenes a los que aparentemente no les falta nada; lo que amenaza de verdad tu vida, es tenerla sin saber para qué; vivir hambrientos, sedientos, y ser incapaces de dar con algo que nos pueda saciar. La realidad es que muchos mueren hoy anhelando encontrar un alimento capaz de colmar por completo su deseo de ser felices. Pero... «¿de dónde se puede sacar pan para saciar a tantos?» (Mc 8,4).

No es la primera vez que escuchas esta pregunta, ¿verdad? Estoy seguro de que lo que hoy vivimos se parece bastante a lo que vieron los discípulos al hacerse esa pregunta y creo que si Jesús se apareciese en estos momentos en medio de nosotros, extendiendo compasivo su mirada sobre el mundo, conmovido profundamente ante el pavoroso espectáculo de las almas sin luz, diría exactamente lo mismo: «Tengo compasión de esta muchedumbre porque andan como ovejas que no tienen pastor» (cf. Mc 6,34).

Hoy sucede lo mismo que entonces. Aunque aparentemente el problema es que no tienen qué comer, la dificultad es mucho mayor: no tienen pastor. Y si no tienen pastor, no tienen quién los guíe. Y sin guía, no tienen meta. Tienen vida pero no saben para qué. El Señor, que los ama tanto y que los ha hecho para la felicidad, se compadece de ellos y da la solución: «Dadles vosotros de comer» (Mc 6,37).

Sin tener por qué, Cristo ha querido que la ola de gracia y amor que fluye de su corazón traspasado llegue hasta el hombre por medio de la Iglesia (cf. *Ecclesia in Europa*, 18), y más concretamente por medio de aquellos a los que él mismo ha elegido. La respuesta que Dios da al clamor del corazón del hombre que vive sin sentido es el sacerdocio. Con toda razón podemos unirnos al santo cura de Ars para decir: «El sacerdocio es el amor del corazón de Cristo».

Dicho todavía con más claridad: «Bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debemos salvarnos» (Hch 4,12). Es decir que la humanidad necesita a Cristo. Que sin él, hasta el más fuerte zozobra e incluso se ahoga. Pero con él

las tempestades nunca podrán prevalecer, porque estamos anclados en la esperanza de la gracia, que nos hace capaces de vivir en Cristo superando

el pecado, el miedo y la muerte. Esta esperanza, mucho más grande que las satisfacciones de cada día y que las mejoras de las condiciones de vida, nos transporta más allá de las pruebas y nos exhorta a caminar sin perder de vista la grandeza de la meta a la que hemos sido llamados, el cielo (*Spes non confundit*, 25).

En esta esperanza hemos sido salvados. Y hemos recibido al Salvador de María. Ella es «para nosotros estrella de esperanza, pues Ella con su sí abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo» (*Spe salvi*, 49).

De manera parecida, hoy recibimos al Salvador del sacerdote: «Mirémonos, padres, de pies a cabeza, alma y cuerpo, y vernos hechos semejables a la sacratísima Virgen María, que con sus palabras trajo a Dios en su vientre [...]. Y el sacerdote le trae con la palabras de la consagración [...] Relicarios somos de Dios, casa de Dios y, a modo de decir, criadores de Dios» (de una plática a sacerdotes de san Juan de Ávila). El sacerdote es sembrador de esperanza. Pues con sus palabras, sus manos y su ministerio, los sacerdotes abren la puerta de nuestro mundo a Dios mismo, fuente de esperanza para todo hombre.

El sacerdote no puede dejar de ser un signo ineludible de Dios. Su sola presencia evoca siempre que el Señor no abandona a su pueblo. Él es, solo por su ser, el silbo del pastor que no quiere parar hasta encontrar a la oveja que se le había perdido. Nadie podrá decir nunca que Dios lo ha abandonado mientras haya sacerdotes. Existe para evangelizar, para anunciar al mundo la buena noticia, para sembrar con ella la esperanza en medio de aquellos a los que ha sido enviado. Da igual si el terreno es pedregoso, lleno de abrojos o bueno; él sembrará siempre en todos.

En este mundo que, como decíamos, muere de hambre del único alimento que lo puede colmar, el sacerdote reparte el pan de la eucaristía cada día. Considerando lo que realiza e imitando lo que conmemora, va conformando su vida con el misterio de la cruz de Señor: no solo reparte el trigo molido, sino que él mismo se entierra y muere para dar fruto abundante.

En medio de tantos que hoy sufren las consecuencias del pecado propio y ajeno, rodeado de tanta gente tan herida, él es ministro de la

única fuerza capaz de dar solución a todo. Instrumento de la misericordia de Dios: da el perdón, la sanación, devuelve la dignidad, restaura, fortalece..., grita que siempre, ¡SIEMPRE!, es posible la esperanza.

Dios ha querido que el sacerdote sea, de verdad, sembrador de esperanza.

Entiendo que llegados a este punto te resulte escandaloso pensar que a Dios se le haya podido ocurrir hacer depender el futuro... ¿cómo que el futuro?, ¡LA ESPERANZA!, de toda la humanidad de unos pocos hombres, que además de pocos ni siquiera son tan buenos o santos como pide la alteza de su misión. Y tienes razón: es un escándalo. Pero tengo una buena noticia que estoy seguro que te tranquilizará: no solo depende de ellos, en buena medida depende también de ti... Menos mal.

Dios providente ha querido asociarnos a cada uno según nuestra vida y estado a la obra de la salvación. Cada uno somos un miembro distinto que en todo el Cuerpo tiene un papel único e insustituible. Todos, como piedras vivas, nos vamos asociando para la construcción del templo. En virtud del misterio profundo y magnífico de la comunión de los santos, toda alma que se eleva eleva al mundo (cf. *Reconciliatio et paenitentia*, 16). Aterrizando y concretando, del mismo modo que parece que Dios ha querido hacer depender la esperanza de la humanidad del sacerdocio, parece que también hubiese querido hacer depender este ministerio del resto del Cuerpo de la Iglesia.

Y esto, querido joven, quiere decir que la pelota queda en tu tejado. El Día del Seminario no es la ocasión para dar bombo a los seminaristas, para que se estrenen y entrenen desde el ambón cuando dan testimonio, no es un día para que las redes sociales de los seminarios —algo aletargadas el resto de días del año— despierten... Este día es una ocasión privilegiada para que te preguntes ¿qué estoy haciendo por las vocaciones, por el seminario, por los sacerdotes?

Ojalá que el Señor nos conceda la gracia de entender con profundidad la importancia del ministerio sacerdotal y el papel insustituible y valiosísimo que él nos ha dado a cada uno en todo esto. Dependemos unos de otros. ¡Cristo cuenta contigo!



